

SERMON 1.º

DE LA

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit Dominus vere.

Ha resucitado el Señor verdaderamente.

Luc. cap. XXIV, v. 34.

Señores: Si en los días de la semana anterior he ocupado esta sagrada cátedra para recordaros los tormentos, las aficciones y la muerte del Redentor del mundo; si todos mis esfuerzos han ido dirigidos á contristar vuestros corazones y haceros verter tiernas lágrimas, para lavar con ellas el pecado, que fué el instrumento de que se valió Luzbel para afirmar su imperio, y al que venció Jesucristo en la Cruz; hoy es diverso el objeto que me hace de nuevo dirigiros la palabra, porque diversos son los himnos y cánticos tristes que entonces resonaban bajo las bóvedas de este santo templo, y las alegres *alleluias* que hoy hieren nuestros oídos. ¿Recordais, señores, aquel Hombre Dios á quien visteis rodeado de una turba sacrilega, que haciéndole sufrir grandes aficciones le hacia

caminar hasta el Calvario, cargado con el madero en que iba á morir? ¿Os acordais de aquel á quien visteis espirar en medio de dos ladrones, despues de haber sido el objeto de las burlas é insultos de un pueblo amotinado? Pues no le busqueis hoy entre los muertos, porque ha resucitado verdaderamente. *Surrexit Dominus vere.*

Las profecías todas del Testamento antiguo en orden á la venida del Libertador de las naciones, de su pasion y muerte, se habian cumplido al pié de la letra en la sagrada persona de Jesucristo. Faltaba por cumplirse una, y esta era la mas interesante, porque ella habia de ser el fundamento de nuestra fé. Hablo de la Resurreccion gloriosa del Salvador; y llámole el fundamento de nuestra fé, porque si Jesucristo no hubiese resucitado de entre los muertos al tercer día de su inmolation en la Cruz, como él mismo habia predicho, nada habriamos adelantado con su muerte, y serian vanas nuestra predicacion y nuestra fé, como asegura San Pablo (1). Los Apóstoles no habiéndose asegurado de la Resurreccion, nada hubieran hecho por estender la doctrina de su Maestro; y esto es tan constante, cuanto que en el mismo día de la Resurreccion ya casi dudaban algunos, y uno de ellos despues de efectuado el prodigio se resistió á creerlo, asegurando que no admitia como verdadera la nueva que le daban sus compañeros de haber visto y hablado al Maestro, si no veia por sus ojos las señales de los clavos, y ponía el dedo en la llaga de su costado (2).

(1) Si Christus non surrexit, inanis est ergo prædicatio nostra, inanis, est fides nostra.

(2) Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latis ejus, non credam. Joan. cap. XX, v. 25.

Ello es ciertísimo, señores, que no obstante las precauciones de los que custodiaban el sepulcro, y del interés que tenían los judíos en ocultar tal prodigio, Jesucristo salió victorioso del sepulcro, resucitándose á sí mismo por su propia virtud. Alegrémonos, católicos, y llenos de la mayor alegría acompañemos á la Iglesia nuestra madre y esposa del immaculado Cordero. Entonemos con ella himnos de paz y cánticos sublimes en este día feliz y venturoso, en este día santo, día en que Jesucristo muestra á la faz del mundo su grandeza y su poder. Ahora llamaria yo, si pudiesen escucharme, á aquellos deicidas judíos que pasando por delante de la Cruz esclamaban: «¡Ah! tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz (1).» Y les diria: ¿Creeis ahora que ese á quien quitasteis la vida era verdaderamente el Hijo de Dios? A vista de los prodigios que acompañaron á su muerte y á vista ahora de su Resurreccion, ¿conoceis su divinidad y vuestro sacrilego deicidio? ¿Comprendeis ya la verdad de sus palabras, toda vez que ha reedificado el templo de su cuerpo á los tres dias de su muerte? ¿Conoceis ahora?... Pero no, no es á la ingrata Sinagoga, no es á los incrédulos hijos de Israel que se empeñaron en cerrar sus ojos á la verdad, á quien yo pienso dirigirme en esta mañana. Conozco la espantosa ceguedad de aquel pueblo ingrato, que experimenta aun despues de diez y ocho siglos, y experimentará siempre el justo castigo de su ceguedad. Veo los ardides y sofismas de que se valieron para ocultar el prodigio de la Resurreccion, cosa que no

(1) Math. cap. XXVII, v. 40.

pudieron conseguir; y no llama tanto mi atencion y me confundé la perfidia é incredulidad de los israelitas como la de muchos individuos y no pocos hijos de la Iglesia católica; á los que esta tierna madre ha criado á sus pechos con el suavísimo néctar de la mas pura doctrina, y que ingratos mas que los mismos judíos le han vuelto las espaldas, entregándose á la incredulidad.

Desgracia es M. A. O. y digna de llorarse con lágrimas de sangre, que en el siglo XIX y en el reino mas católico del mundo háyanse de tratar los dogmas de la religion en forma de controversia; y ello es que es necesario hacerlo así, toda vez que merced al infatigable celo de los Apóstoles de la impiedad, que nacieron y se educaron en países vecinos, lograron introducir sus perversas máximas en nuestra España, cuyos malévolos y desgraciados frutos vemos á través de la piedad, la religiosidad y la fé que afortunadamente distinguen á la gran mayoría de los españoles. Murió, es verdad, Voltaire; la fama de Federico, su protector, pereció con la desmembracion de sus Estados, y bajó al sepulcro sin lograr ver realizados sus dorados sueños de la muerte del Catolicismo, empero quedó viva la fatal doctrina del coronado sofista, y mucho mas la del inmundo Apóstol y patriarca de la impiedad Voltaire, cuyos libros condenados por la Iglesia, son depositarios de perversas doctrinas de incredulidad, que despues de causar daños de gran tamaño en la vecina Francia hubieron de arrancar su fé y su religion á muchos españoles. Esta consideracion y la juiciosa de la larga y triste época que hemos atravesado, en que nos hemos visto envueltos en continuos trastornos políticos, de los que resultaron como

siempre ha sucedido, la persecucion de la Iglesia de Jesucristo, la guerra á sus ministros, la paralización de los estudios morales, y por consecuencia de todo esto, la corrupcion de la juventud; y la falta de fé nos obliga á los oradores cristianos, obligados por nuestro ministerio, á reparar en cuanto nos sea dado tanto mal; á apoyar desde la cátedra del Evangelio los dogmas de nuestra fé; á probarlos suficientemente, no como predicadores de pueblos católicos; sino como misioneros que tratan de atraer infieles al seno de nuestra religion augusta. Ni estrañeis tampoco mi lenguaje, al oirme espresar en estos términos, pues que si vosotros por la misericordia de Dios conservais puro el depósito de la fé que recibisteis de vuestros padres y mayores, aprendereis al menos á combatir la impiedad; cuando se proponga censurar los motivos de vuestra fé y vuestra piedad. La solemnidad de este dia es, digámoslo asi, la que pone el sello á todas las de la Iglesia. Si Jesucristo no hubiese resucitado, os dije antes con San Pablo, en vano serian nuestra predicacion y nuestra fé. Habiendo resucitado, como dijo, queda confirmada su doctrina, es verdadera su religion y solo en ella podremos salvarnos, porque *la Resurreccion de Jesucristo es la prueba mas concluyente de su divinidad y de la verdad de su religion*. El probar esta verdad, para confirmaros en la fé y para confundir la incredulidad de los modernos filósofos, va á ser el asunto del presente discurso.

Dulcísimo Jesus, que habeis triunfado de la muerte, saliendo victorioso del sepulcro; el mas indigno é ignorante de vuestros ministros os ruega en esta mañana un rayo de aquella luz divina que iluminó á los Apóstoles, para persuadir y convertir á Vos los

pueblos y naciones. Sin vuestros auxilios nada podré hacer para combatir la incredulidad y mostrar vuestra divinidad y la verdad de la religion que fundásteis con vuestra preciosa sangre. Dad eficacia á la divina palabra, no obstante que haya de pasar por mis impuros lábios. Esta gracia os suplico por la intercesion de la Santísima Vírgen María, á la cual saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones, *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

La esperanza de tantos millones de individuos como vivimos unidos en estrecho lazo con el Sumo Pontífice, formando una unidad de fé, está fundada en la Resurreccion de Jesucristo. Si el Evangelio es nuestra guia y nuestro norte; si abrazamos gustosos la mortificacion y la penitencia; si innumerables cristianos salpicaron con su sangre los vestidos de la esposa sin mancilla del Cordero; si los desiertos se poblaron de austeros anacoretas; si los cláustros recibieron tantas vírgenes que quisieron huir del mundo para entregarse á las delicias de la vida contemplativa; si todos unidos esperamos los católicos ser participantes de la gloria, todo está fundado en nuestra creencia en el dogma de la Resurreccion del Salvador, porque siendo cierta, lo fué igualmente su doctrina, su muerte y nuestra reparacion. Y no hay seguramente acontecimiento mas probado por nuestra fortuna, no obstante que maliciosamente quisiese ocultarse por los israelitas, en los mismos dias en que Jesucristo despojándose de la mortalidad, salió victorioso del sepulcro para no volver á morir. Abramos las

páginas del Evangelio, y combatiendo primero á los hijos del deicida pueblo, nos dispondremos para rebatir á los modernos incrédulos. Hablemos con orden.

La Sinagoga deseaba con ansia el momento de ver espirar en el patíbulo de la Cruz al justo por excelencia, á aquel que no habia hecho otra cosa que dispensar beneficios sin número á los Israelitas, y despues de falsas acusaciones, sentenciado por un juez injusto que firmó el decreto de muerte, no obstante conocer su inocencia, llevóse á efecto el sacrificio, y Jesus Nazareno espiró en el madero en que le habian clavado. ¿Qué faltaba ya para la aparente tranquilidad de los que habian cometido tan horrendo deicidio? El cuerpo de Jesucristo habia sido colocado por José en un sepulcro nuevo que era suyo, cubriéndole con una grande losa. Faltaba, no obstante, una cosa de la mayor importancia; faltaba custodiar el sepulcro, no fuese caso que estraído el cadáver se divulgase una falsedad, haciendo creer sus discípulos que habia resucitado. Oigamos como nos refiere este hecho San Mateo. «Y otro dia, que es el que sigue á la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron á Pilatos diciéndole: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavia vivia: Despues de tres dias resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, no sea que vengan sus discípulos y hurtando el cadáver digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos, y será este error peor que el primero (1).» Pilatos no titubeó un momento en acceder á sus peticiones, y así les dijo. «Guardas teneis, id y custodiarlo vosotros como sabeis: y ellos

(1) Math. cap. XXVII, v. 62-64.

con este beneplácito fueron al sepulcro, sellaron la piedra y pusieron guardas (1).» No quiero dejar pasar desapercibida una oportunísima reflexion de San Juan Crisóstomo: no obstante de que los judíos tenían una compañía de soldados para la guardia del templo, permitió Dios que Pilatos no dispusiese que fuesen sus soldados los que custodiasen el sepulcro, y sí que lo hiciesen ellos mismos, porque de otro modo hubieran dicho que se habian concertado con los discípulos de Cristo, y que les habian entregado su cuerpo. Así es que ellos no pudieron culpar á nadie, y se vieron en la necesidad de reconocer que aquel á quien habian tratado de impostor habia resucitado verdaderamente segun lo habia anunciado.

Ya tenemos, señores, custodiado el sepulcro, no por gente pagada de quien pudiera esperarse algun fraude, sino por aquellos mismos que habiendo sido los verdugos del Salvador, tenían un grande interés en evitar un robo, para hacer ver al pueblo todo, que habia sido un impostor, puesto que no habia habido en él virtud y poder para restituirse la vida que ellos le habian quitado en el patíbulo de los delincuentes. ¡Oh ceguedad monstruosa! ¡Oh generacion depravada! ¡Cuán inútiles van á ser tus esfuerzos! ¿Creeis por ventura que el que tuvo poder para resucitar á Lázaro, carezca de él para resucitarse á sí mismo? ¿Creeis que el que tantos y tan extraordinarios prodigios efectuara en su vida, no podia verificar otro en su muerte? Custodiad en buen hora el sepulcro, sellad la losa y tomad cuantas precauciones os sugiera vuestra imaginacion. Aquel á quien obedecen los elemen-

1) Ibid. v. 65 y 66.

tos hará separar la losa del sepulcro, y de él saldrá victorioso á vuestra misma vista, y admirados y confusos presenciareis lo que en verdad quisierais poder estorbar, pero os será imposible. Sigamos, señores, la narracion de los Evangelistas.

María Magdalena, esa fiel discípula de Jesucristo, que al pié de la Cruz habia vertido lágrimas de dolor, acompañada de María, madre de Santiago y de Salomé, compraron aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus, y muy de mañana, salido ya el sol, fueron al sepulcro, cuya losa encontraron movida, y sobre ella un ángel vestido de blanco que les dice: «No os asustéis, buscáis á Jesus Nazareno el que fué crucificado; ha resucitado, no está aquí, ved el lugar donde le pusieron. Mas id y decid á sus discípulos, y á Pedro que va delante de vosotros á Galilea, allí le vereis como os dijo (1).

Los guardas del sepulcro, que como hemos dicho, tenían un grande interés en custodiarlo con toda fidelidad, quedaron aturdidos y tendidos por tierra, llenos de espanto y de temor al ver salir del sepulcro con vida al que ellos habian muerto en la Cruz. Por sus ojos vieron que no habia sido impostor, y que conforme lo habia anunciado resucitaba al tercero dia de su muerte. Si ellos no hubieran sido unos pérfidos, si no se hubiesen empeñado en cerrar los ojos á la verdad, si no se hubiesen propuesto el encubrir su atroz delito, claro es que á vista del prodigio de la resurreccion, hubiesen corrido á la ciudad, y elevando sus voces hubiesen dicho por todas partes. «Hemos pecado contra Dios; aquel á quien quitamos la vida era ver-

(1) Math. cap. XXVIII, v. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7. Marc. cap. XVI, v. 1 et seq. Luc. cap. XXIV, v. 1 et seq. Jean. cap. XX, v. 1.

daderamente Hijo de Dios, puesto que segun habia anunciado, ha resucitado de entre los muertos: nosotros mismos le hemos visto salir de su sepulcro.» Empero no fué así, hermanos míos: por el contrario, despues que se hubieron repuesto en algun tanto del susto que les causara la salida victoriosa de Jesucristo del Sepulcro, se dirigen algunos de ellos á la ciudad para dar cuenta á los príncipes de los sacerdotes de todo lo ocurrido, y habiéndose juntado con los ancianos determinaron repartir una crecida suma de dinero entre los guardas, encargándoles que dijeran que habian venido de noche sus discípulos y le habian hurtado mientras ellos dormian. Y ellos recibiendo el dinero lo hicieron conforme se les habia encargado (1). ¡Argumento por cierto de gran fuerza! ¡Razonamiento capaz de convencer á cualquiera! Estando nosotros durmiendo, dicen los guardas, por todas partes vinieron sus discípulos y le robaron. ¿Y era posible que estuviese dormida toda una guardia, tan interesada en que no fuese estraído el cuerpo de Jesus? Y aunque así fuera, ¿con tanto silencio pudieron remover la losa y estraerle, que ninguno hubo de despertarse? Y aun queriendo conceder que estuvieran dormidos, ¿cómo podian ser testigos del hurto estando en tal estado? ¿Por ventura el que está durmiendo puede ver lo que pasa? Resulta, pues, que por donde quiera que lo miremos, el argumento de los guardas es un sofisma de mal género, incapaz de poder convencer al hombre mas ignorante.

Vinieron los discípulos, habian dicho aquellos hombres, y se lo llevaron, tan lejos estuvieron los

(1) Math. cap. XXVIII, v. 11 et seq.